

Con el alma oprimida de angustia, le vió levantar la otra mano, aferrar con dos dedos el ala del sombrerito de la muñeca y dar un tirón violento.

Sofocó Nené un gemido largo, involuntario.

Junto con el sombrerito se había desprendido la cabeza. Y aquella cabeza con el sombrerito y aquel busto decapitado, dos despojos horribles, informes, volaron a la calle por la ventanuca de junto al techo, acompañados de una puntapié y de una exclamación rabiosa:

—¡Arriba, en pie! ¡No quiero señoras en mi casa!

POR SU PIE

Tratándose de él, sus parientes no hubieran encargado ciertamente una carroza de primera clase, con caballos enjaezados y empenachados, cocheros y palafreneros a la Federica. ¡Figúrense ustedes! Pero una de segunda, sí; al menos por el qué dirán.

Doscientas cincuenta liras: precio de tarifa.

La caja, luego, si bien de pino, y no de castaño o de haya, lo que se dice desnuda, desnuda no la habrían de dejar (siempre por el bien parecer). Cubierta de terciopelo rojo, aunque de ínfima calidad, con clavos y asas dorados; por poco, cien liras.

Después: una buena propina al que lo haya lavado y amortajado (precioso servicio); gasto para la papalina de seda y las pantuflas de paño; gasto para los cuatro cirios que hay que encender a los cuatro ángulos de la cámara

mortuoria; propina a los sepultureros que lleven a hombros el féretro hasta la carroza, y luego desde la carroza a la fosa; gasto para una corona de flores, al menos una, santo Dios; dejemos la banda municipal, que se puede prescindir de ella: pero un par de docenas de velas para el acompañamiento de las huerfanitas del *Mendruguito del pobre*, de eso no se puede prescindir, porque las infelices viven de esto, es decir, de las cincuenta liras que se les dan por acompañar a todos los muertos de la ciudad; y quién sabe cuántos otros gastos menudos imposibles de prever.

Todo esto ahorraría a sus parientes Mateo Sinagra, yendo por su pie a matarse, económicamente, al cementerio, frente a la cancela del panteón de su familia. De modo que, con poquísimo gasto, allí mismo, después de la llegada del juez, lo podrían encerrar dentro de cuatro tablas desnudas, sin cepillar siquiera, y bajarlo allí, donde reposaban desde hacía tiempo su padre, su madre, su primera mujer y los dos hijos que había tenido de ella.

Los muertos presentan el aspecto de creer que lo terrible es perder la vida, y que todo con ella se ha acabado. Para ellos, sin duda. Pero no piensan en el horrible estorbo del cuerpo que queda allí tieso sobre el lecho mortuario uno o dos días, ni en los fastidios y los gastos de los vivos que, además de llorar por ellos alrededor, tienen necesidad de desha-

cerse de ellos. Sabiendo lo que cuesta esta liberación, en un caso como el suyo, esto es, de muerte en buena salud, los señores muertos voluntarios deberían andar algunos pasos hasta el cementerio e ir a presentarse tranquilamente allí por sí mismos.

En efecto, no tenía ya otra cosa en qué pensar Mateo Sinagra. La vida se le había vaciado de pronto como de todo sentido. Casi no recordaba ya con precisión lo que en ella había hecho. Aunque sí, de seguro, él habría también cometido las tonterías de rigor, aunque sin advertirlas, con mucha ligereza y gran facilidad. Sí, porque él había sido aún bastante afortunado hasta hace tres años. Nunca le había resultado nada difícil; ni nunca se había quedado un momento perplejo sobre si debía o no hacer tal cosa, si tomar este o aquel camino. Se había arrojado, con alegre confianza, a todas las empresas; se había encaminado por todas las vías, y había ido siempre adelante, venciendo obstáculos que, acaso para los demás, hubieran sido insuperables.

Hasta hace tres años.

De repente, quién sabe cómo ni por qué, aquella especie de numen que por tantos años le había asistido y empujado antes, activo y seguro, se había como evaporado; aquella alegre confianza se le había como desprendido por una sacudida, y con ella habían venido a tierra también las empresas hasta ahora soste-

nidas con medios y artes de los que ya, de pronto y casi con espanto, no se sabía dar cuenta él mismo.

Todo, así, de un día para otro, se le había cambiado y oscurecido, lo mismo el aspecto de las cosas, que el de los hombres. Se había encontrado, de improviso, a tú con tú, con otro yo que él no conocía en efecto, en otro mundo que se le descubría ahora por primera vez alrededor: duro, obtuso, opaco, inerte.

Al principio se quedó casi con aquel aturdimiento que el silencio provoca en cualesquiera que vive en medio de un estrépito de máquinas, cuando de pronto se quedan paradas. Después había considerado la ruina, no sólo suya, sino también del padre y del hermano de su segunda mujer, que le habían confiado gruesos capitales. Acaso el suegro y el cuñado, aunque sufriendo graves daños, se podrían reponer. Pero la ruina de él, por el contrario, era total.

Se había encerrado en su casa, aplastado no tanto por el peso de la desgracia, cuanto por la conciencia de la irremediabilidad del misterioso estrago sobrevenido de tan fulminante modo en el mecanismo de su vida.

¿Moverse? ¿Y para qué? ¿Para qué salir de casa? Inútil todo acto, todo paso; inútil asimismo hablar.

Silencioso, acurrucado en un rincón, había quedado reducido a presenciar las iras y las

lágrimas de la mujer desesperada, igual que un imbécil. Todo barba y todo cabellos.

Hasta que vino montado en furia el cuñado a echarlo fuera a empellones, después de haberlo hecho esquilar a viva fuerza.

Había que hacer algo, ganar dos o tres liras al día, colocándose de corredor al servicio de una pequeña casa de banca agraria, que se había fundado por entonces. ¿Qué estaba empollando allí sobre aquella silla? ¡Fuera! ¡Fuera! ¿No bastaba el daño causado hasta ahora? ¿Quería además vivir, con su mujer y sus dos pequeños, a lomos de sus víctimas? ¡Fuera!

Fuera, pues. Salió de su casa durante algunos días. Se había puesto a hacer propaganda por cuenta de aquella pequeña casa de banca agraria. El sombrero despelechado, el traje desteñido, las botas agujereadas, y un aire de tonto que tiraba de espaldas.

Nadie lo reconocía.

—¿Mateo Sinagra, aquél?

No se reconocía ni aún él mismo, a decir verdad. Y aquella mañana, finalmente...

Fué un amigo, un querido amigo del buen tiempo el que le aclaró la situación.

¿Quién era él ya? Nadie. No sólo porque había perdido todo lo suyo; no sólo porque se veía reducido a la miseria, a aquella condición mísera, con el traje desteñido, el sombrero raído y las botas agujereadas. No, no. No era ya verdaderamente nadie, porque no

era ya nada en sí, aparte de la figura (y para eso, ¡tan cambiada, tan imposible de reconocer!), de aquel Mateo Sinagra que había sido hasta hace tres años. En este mísero salido ahora de su casa, ni él se sentía ni los demás lo reconocían. ¿Y entonces? ¿Quién era él? Otro, que además no vivía, que era necesario que aprendiese a vivir una nueva vida, mezquina, aflictiva, de tres liras, a lo más, al día. ¿Y valía esto la pena? Mateo Sinagra, el verdadero Mateo Sinagra había muerto, muerto absolutamente, tres años hacía.

Esto le habían dicho, con la más ingenua crueldad, los ojos de un amigo, encontrado por casualidad aquella mañana.

Vuelto a la patria, después de seis años de ausencia, este amigo no sabía nada de la desgracia de Mateo. Al pasar por la calle, no lo había reconocido.

—¡Mateo!... Pero, ¿cómo? ¿Tú eres Mateo Sinagra?

—Eso dicen...

—Pero, ¿cómo?

Y los ojos, aquellos ojos, se habían quedado mirándole, con tal expresión de extravío y al mismo tiempo de piedad y disgusto, que él, de pronto, se había visto, en estos ojos, muerto, sí, sí, absolutamente muerto, sin una brizna ya en él de aquella vida que Mateo Sinagra había tenido.

Y cuando apenas aquel amigo, no sabiendo

ya encontrar una palabra, una mirada, una sonrisa que devolver a esta sombra, le había vuelto la espalda, había sufrido la impresión extraña de que quedaban todas las cosas, de pronto, lo mismo que si se hubieran vaciado de sentido, de que toda la vida se le había vuelto inútil.

Pero, ¿desde ahora únicamente? No... ¡Por Dios!... Desde hace tres años, eso... Él había muerto, desde hacía tres años bien cumplidos... ¿Y todavía estaba allí, en pie?... ¿Caminaba?... ¿Respiraba?... ¿Miraba?... Pero, ¿cómo?... ¡Si no era ya ni su sombra! ¡Si no era ya nadie! Con aquel traje encima, de hace tres años... Con aquellas botas, de tres años a la fecha, todavía en los pies...

¡Vaya, vaya! ¿No se avergonzaba? ¿Un muerto, aún en pie? ¡A tumbarse, allá, al cementerio!

En la viuda, en los dos huerfanitos, ya pensarían los parientes, una vez desaparecido el estorbo de este muerto.

Mateo Sinagra se tocó en el bolsillo del chaleco el revólver, su fiel compañero de tantos años. Y, sin más, hélo allí, por el camino que conduce al cementerio.

\* \* \*

Es una cosa que, en verdad, divierte: es un goce inaudito.

Un muerto, que se va por sí, por sus propios pies, poco a poco, con toda comodidad, a su destino.

Mateo Sinagra sabe perfectamente que es un muerto: un muerto antiguo, además; sí, un muerto de hace tres años, que ha tenido todo ese tiempo para agotar toda clase de lamentaciones por haber perdido la vida.

Ahora está ligero, ligero: ¡una pluma! Se ha vuelto a encontrar a sí mismo y ha entrado en su calidad de sombra de sí mismo. Libre de todo obstáculo, ajeno a toda aflicción, exento de todo peso, cómodamente va a enterrarse.

Y, en efecto: aquel camino que conduce al cementerio, al hacerlo así, de muerto, por última vez, sin retorno, se le representa de un modo nuevo, que lo llena de alegría, de un goce de libertad, que está verdaderamente ya fuera de la vida, más allá de la vida.

Los muertos hacen este camino en carroza, encerrados y soldados en una doble caja de zinc y de nogal. Él camina, respira, puede volver el cuello acá y allá, para mirar todavía.

Y mira con ojos nuevos las cosas que no son ya para él, que para él no tienen ya sentido.

Los árboles... ¡Oh, mira!... ¿Eran así los árboles? ¿Eran éstos? Y aquellos montes de

allá... ¿para qué? Aquellos montes azules, con aquella nube blanca encima... Las nubes... ¡qué cosa tan extraña! Y allá, en el fondo, el mar... ¿Era así? ¿Aquello, el mar?

Y un encanto nuevo tiene el aire, que le entra en los pulmones, una suavidad de frescor en los labios, en las narices... El aire... ¡Ah!, el aire... ¡Qué delicioso! Él lo respira... Lo bebe ahora como nunca lo bebió, a la parte de allá, de la vida, como nadie que esté en la vida puede beberlo. Es aire como aire; no respiración para vivir.

Todo ganancia, para este muerto. Nada de esto pueden tener los otros muertos que van por aquel camino en carroza, tiesos, estirados, asfixiados en la oscuridad de una caja; ¡nada de esta infinita, fluida, envolvente deliciosa! ¡Ni aun los vivos, saben disfrutar de esta delicia así, una vez y para siempre: eternidad viva, presente, vibrante!

Todavía le queda mucho que andar. Pero él ya podría detenerse aquí: está en la eternidad; en ella camina, en ella respira, en una embriaguez divina, desconocida para los vivos.

—¿Me quieres? Llévame contigo...

Una piedra. Una piedra de la calle. ¿Y por qué no?

Mateo Sinagra se inclina, la recoge, la examina en la mano. Una piedra... ¿Eran así las piedras?... ¿Eran estas? Sí, estas eran: un menudo fragmento de roca, un poco de tierra

viva, de toda esta tierra viva, un átomo del universo... Pues, aquí: al bolsillo; conmigo irá...

¿Y aquella florecilla?

Pues sí, también ella: aquí, al ojal de este muerto, que se va por sí, tan tranquilo y sereno y feliz, por sus propios pies, a buscar su fosa, igual que a una fiesta, con su florecilla en el ojal.

He aquí ya la entrada del cementerio. Otros veinte pasos, y el muerto estará en su casa. Nada de lágrimas. Viene aquí por su pie, con paso elegante y exhibiendo su florecilla.

Tienen una bonita vista estos cipreses de guardia en la cancela. ¡Oh!, es una casa modesta, en la cima de un cerro, detrás del olivar. Habrá allí, poco más o menos, un centenar de panteones de familia sin pretensiones de arte: capillitas con un altarcito, su verjita y un poco de flores alrededor.

Es en verdad para los muertos una residencia envidiable este cementerio. Lejano del pueblo, los vivos vienen aquí rara vez.

Mateo Sinagra entra y saluda al viejo guarda, que está sentado frente a la puerta de su caseta, a la derecha de la entrada, con una manta gris, de lana, sobre los hombros y la gorra galoneada encajada hasta la nariz.

—Hola, Piñoco...

Piñoco duerme.

Y Mateo Sinagra queda contemplando aquel sueño del único vivo entre tantos muertos, y—en calidad él de muerto—experimenta desagrado, una cierta irritación.

Se tiene una hermosa tranquilidad... Hace mucho bien a los muertos pensar que un vivo vela el sueño de ellos y está siempre trabajando sobre la tierra que los cubre. Sueño arriba, sueño abajo: demasiado sueño. Haría falta despertar a Piñoco; decirle:

—Héme aquí; soy de los tuyos. He venido por mí mismo, con mis pies, para ahorrar a mis parientes algunos cuartos. Pero, ¿es éste el cuidado que te tomas por nosotros?

Mas, en fin, ¿qué cuidado, pobre Piñoco? ¿Qué necesidad de custodia tienen los muertos? Cuando ha regado aquí y allá algunos macizos; cuando ha encendido en esta y aquella tumba alguna lamparilla que no alumbraba a nadie; cuando ha barrido las hojas secas de las calles de árboles, ¿qué otra cosa le queda que hacer? No respira nadie allí dentro. El zumbido de las moscas, entonces, y el pausado rumor de los insensibles olivos sobre el cerro lo invitan a dormir. Está él también en espera de la muerte, pobre Piñoco; y en esta espera, provisionalmente, vedlo allí, duerme él arriba, en medio de tantos otros que duermen debajo.

Acaso despertará dentro de poco al ruido

seco del revólver. Pero, quizás no. Es tan pequeño el revólver, y él duerme tan profundamente... Más tarde, cercana la noche, cuando antes de cerrar la cancela, se ponga a dar una vuelta para hacer la última requisa, encontrará un obstáculo negro en aquella senda, allá en el fondo...

—¡Ah! ¿Qué es esto?

—Nada, Piñoco. Uno que debe ir abajo. Llama, llama, que le preparen el lecho, lo mejor posible, de prisa, sin tantas contemplaciones. Para ahorrar gastos a sus parientes ha venido por sí mismo, y, además, por el placer de verse así, antes, muerto entre muertos, en su casa, llegado a su fin en buena salud, con ojos abiertos, en perfecta conciencia. Déjale en el bolsillo la piedra que está cansada, ella también, de estar al sol sobre la carretera. Y déjale, además, la florecilla en el ojal, que es su coquetería de muerto en este momento. La ha cogido para él mismo, y se la ha ofrecido por sí, a cambio de todas las coronas que los parientes y los amigos no le ofrecerán. Él, sí, está todavía sobre la tierra; pero está igual que si hubiera venido de abajo, después de tres años, por curiosidad de ver qué efecto hacen sobre el cerro estas tumbas de familia, estos macizos, estas sendas enarenadas, estas cruces negras y estas coronas de hoja de lata en el Camposanto de los pobres.

Un lindo efecto, verdaderamente.

Y suavemente, sobre las puntas de los pies, Mateo Sinagra, sin despertar a Piñoco, se introduce.

Es aún pronto para ir a dormir. Vagará por las sendas hasta la noche, curioseando, observando (como muerto, se entiende); esperará que salga la luna, y buenas noches.